RADAR *libros*

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 • 9 DE AGOSTO DE 1998 • AÑO 1 Nº 39

Andreas Huyssen *Lo que pasa con el arte*
Qué leer *Ana Kazumi y sus libros para el avión*
El extrapartidario *Rubén Szuchmacher*
Reseñas *Halperín, Gorodischer, Mansilla*

Bioy Casares, su cuñada y Nueva York

A partir del suculento relato de Bioy Casares en sus Memorias, *David Viñas reconstruye su relación con Victoria Ocampo en el viaje mitológico a Nueva York que realizaron juntos y del cual no se conservan fotos porque ni Bioy Casares ni Silvina gustaban de posar junto a la tiránica directora de la revista* Sur. *El texto es un capítulo del libro de David Viñas* De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA, *que se distribuye en estos días.*



EL EXTRANJERO

REMOTE FEED
David Gilbert
Scribner, New York 1998
220 páginas, U$S 22

De acuerdo: no es bueno –o por lo menos no es lo más aconsejable– abrir el fuego y presentarse en sociedad con una colección de cuentos. Mejor, si se puede, una novela, ¿sí? No importa: algunas sociedades más o menos civilizadas –esas que cuentan con muchas editoriales que editan mucho: la norteamericana, por ejemplo– siguen apostando a los jóvenes cuentistas porque nunca se sabe y, sí, hay ocasiones en que un volumen de *short-stories* se las arregla para ser bastante más que eso. Ahí estuvieron y ahí siguen estando los debuts de Philip Roth (*Goodbye, Columbus*), de Ethan Canin (*Emperor of the Air*) y, entonces, por qué no apostar a... David Gilbert, tal vez. Mucho más que el sabor de la semana o, al menos, todo parece indicarlo. Los diez relatos ejemplares de *Remote Feed* no se conforman con la condición de rejunte previamente publicado en revistas (maniobra que, después de todo, perpetúa la existencia de la raza dado que, hey, ahí arriba se puede vivir bien de vender cuentos a mensuarios de esos que vienen con muestras gratis de perfume o a semanarios con pocas ilustraciones y mucha letra; ahí arriba las revistas pagan por los cuentos y no los publican gratis como si se tratara de un favor al autor) y convierten a este libro en una suerte de visión de las cosas del mundo. Todo aquello que un libro de cuentos que se precie de tal debe ser. En su momento –y con justicia metafórica– Adam Goodheart señaló en el suplemento de libros del *New York Times* que "leer a Gilbert es lo más parecido a darse una vuelta por el zoológico. Los animales nos hacen reír, nos provocan piedad o nos avergüenzan de nosotros mismos sin entender muy bien por qué". El truco está en que los "animales" de Gilbert son seres humanos y el joven escritor nos lleva –como si se tratara de un perverso Darwin (no es casual que dos de los mejores relatos de *Remote Feed* transcurran en las islas Galápagos)– por sus ecosistemas a menudo oscuros, a veces tan luminosos que encandilan.

Así, tras los pasos suburbiales del mejor John Cheever y el mejor John Updike y el mejor Saul Bellow pero, también, los apocalípticos y mejores Thomas Pynchon y Robert Coover, Gilbert cuenta no sólo vidas sino, también, aquel andamiaje secreto que las sostiene casi de mala gana y que, una vez descubierto, se venga con la amenaza constante de dejar caer, o hacer volar, o desaparecer para siempre. De este modo, los "héroes" de Gilbert siempre parecen muy conscientes de la ley de gravedad que rige sus existencias pero, al mismo tiempo, la desprecian con sonrisa kamikaze. "Cool Moss" (la odisea tragicómica de un hombre quebrado por las fiestas de sus amigos al mejor estilo "The Country Husband"), "Remote Feed" (las peripecias de un equipo de la CNN que ha sobrevivido a demasiadas noticias, buenas y malas), "Anaconda Wrap" (la caída libre de un productor cinematográfico cansado de la película de su vida), "Girl with Large Foot Jumping Rope" (una inasible y amenazante postal doméstica donde un padre y un hijo no hablan de nada y hablan de todo mientras el primero intenta descifrar el misterio de qué es lo que tapó el desagüe del inodoro), "Graffiti" (la historia de un ex convicto que consigue un trabajo como lector –y reescritor– de George Eliot para una mujer ciega), "Opening Day" (la agridulce crónica de un hombre intentando salvar su matrimonio), "Don't Go in the Basement!" (un inteligentísima variación sobre las películas del género "sangre y tetas"), "CPR" (la desesperación femenina disfrazada de cualquier otra cosa), "At the *Déjà Vu*" (relato de bar sureño y peligroso), y "Still in Motion" (la bestia turista devorada por el paisaje que creía entender) son, cada uno, pequeñas obras maestras. Juntos son dinamita. Ahora bien: ¿para cuándo la novela, eh?

Rodrigo Fresán



por David Viñas

"Los argentinos imitando en todo a los yankees, somos ridículos; sobre todo, somos malos copistas."
Eduardo Wilde, *El paseo de Palermo*, 1874

Boswell vivió a la sombra de los árboles del doctor Johnson anotando lo que copiosamente iba cayendo del autor de *Rasselas*, y el recuerdo que hoy tenemos de él se limita a la emanación del "efecto halo" que aún parece rescatarlo. "La gloria póstuma" –categoría tan enérgica como menesterosa, en su caso se convierte en la recuperación de alguien obstinado, módico y escocés. En las conversaciones de Eckermann con Goethe, si bien el confidente suele ser silencioso, se anima a preguntar, y a veces con reticencia, ejerciendo un papel análogo en relación a eso que en el siglo XVIII solía llamarse "el gran oráculo de Weimar". Sumisiones por consiguiente, y jerarquías intimidatorias, lugares en la penumbra y, por ahí, faenas rescatables.

Imaginariamente, como es notorio, el doctor Watson no sólo es quien escucha a Sherlock Holmes por lo general en un silencio que el detective agradece con frecuencia y entusiasmo, sino que de hecho se va convirtiendo en el narrador que más privilegios goza de una intimidad y de las seducciones de ciertas aventuras que lo van sustrayendo de su rutinaria medicina para transportarlo hacia los suburbios de Londres.

Bioy Casares respecto de Borges se ilumina de manera semejante. Ahora esa reflexión me parece, por lo menos, injusta. Pero la diferencia de edad que lo hacía aparecer como discípulo y, sobre todo, el uso de dos apellidos que soportan más alusiones a un espacio mundano que al oficio de escritor, me sugerían ese perfil. "Prejuicios", se me dirá. Concedo. Aunque no sé si soy mucho más que mis prejuicios. Por eso voy a tratar de explicarme: el doblaje de Bioy se agravaba porque en la literatura argentina los apellidos memorables –Castelli, Mansilla, Paz, Sarmiento y hasta el mismo Lugones– tienen la austera solidez de una piedra con musgo pero sin ripios. Incluso el mismísimo Larreta procedió a una económica prescindencia. Para no referirme a Roberto Arlt cuyo apelativo resuena a arcada de pórtico o de hartazgo. Y si hay algunos en doblete como Vélez Sársfield o Rivera Indarte, maliciosamente continúan portando ciertos ecos provincianos desamparados o la necesidad de estirarse en ese texto primordial. Escribir con dos apellidos, en la Argentina por lo menos, presupone estatura magra, un silbido por lo tanto, o pocas cosas para decir en los textos subsiguientes.

Incluso –mi Dios– el desdichado diminutivo con que lo maltrataban a Bioy los de su propia familia y entre los llamados íntimos, lo ubicaba en una prolongación infantil que hasta su talla y su casamiento con la menor de un clan espeso parecían corroborar.

PROTAGONISMO Y CATASTRO

"Watson, usted tiene la magnífica virtud de saber callar. Eso lo convierte en un compañero invalorable. Créame que para mí es una gran cosa tener alguien con quien hablar ..."
Arthur Conan Doyle, *El hombre del labio retorcido*, 1893

El viaje de Bioy a Estados Unidos parecería corroborar esa suerte de minusvalía condicionada por una serie de episodios que se le habían convertido en destino: desde el momento de su llegada, en 1949, al puerto de Nueva York, donde su cuñada, Victoria Ocampo, lo estaba esperando en el muelle. Alguien que alza el brazo, otros que señalan. Pero semejante señora no sólo se le va transformando en la protagonista de su llegada, sino que con sus ansiosas exigencias termina por dibujarle el mapa de Nueva York. Los episodios de esa cabalgata tan veloz y sofisticada van poniendo en escena los lugares más a la moda: desde La Coupole hasta el aterciopelado Waldorf Astoria; enhebrando a una sesión de jazz "a la que no se puede dejar de ir" e, incluso, a alguna cena tan cara como insípida.

"NEGROS GUARANGOS, COMENTA CUANDO SE INDIGNA UNA VEZ MÁS", O "NEGROS DE MIERDA" POCO DESPUÉS DE "HABLAR DE LA GENTE NEGRA CON SUNTUOSO RESPETO"

De la Nueva York de Manhattan y del puente de Brooklyn apenas si Bioy tiene tiempo de carraspear sus "calles como desfiladeros oscuros" y "ciudad desconocida". Presumiblemente como un deseo muy vivo mutilado por las intimaciones de su cuñada mayor. Sobre todo que esos paisajes urbanos ni siquiera se le convierten en escenografías; apenas si brillan fugazmente como carteles luminosos o, peor aún, con la fragilidad de vertiginosas burbujas.

La relación entre Victoria y Bioy se va entretejiendo a partir de las estrictas iniciativas de ella "que no se resignaba a esperar" y "apenas disimulaba su impaciencia", y la aparente mansedumbre de él que llega a murmurar "vamos donde quieras", y que, poco a poco, va encallando en una especie de resignación: "Elegí por nosotros, Victoria", ronronea como abdicando.

Y si la presencia de la directora de *Sur* parece ineludible al principio, incluso eficaz, paulatinamente va resultando abrumadora, opresiva. De manera tal que se llega a sospechar que ella no sólo dibuja el mapa de la ciudad, sino que simbólicamente "se convierte en Nueva York". Para Bioy, en un momento fatal, Victoria "brilla" como una extensión que va de Harlem al Central Park y de la Quinta Avenida al Bronx. Y termina por alcanzar las agobiantes dimensiones de la Estatua de la Libertad: "Obesa y enorme", llega a describir Bioy, harto y sin piedad, a la hermana mayor de su propia mujer. Casi rabelesiana por las dimensiones que se van logrando por acumulación: "Demasiado grande –rezonga Bioy– para la silla en la que se había sentado". Y si ella "se sienta adelante" en un auto en el que los demás van amontonados en el asiento de atrás, también aparece jerárquicamente encabezando la lista de mujeres: "Victoria, Silvina, Silvina Angélica". Como si las otras estuvieran destinadas a sostenerle el palio, el abanico o las colas de su ademán imperial.

Y como durante sus idas y vueltas "a remolque" por Nueva York, se repite ese vaivén entre las decisiones de Victoria (que "se dio el gusto de preparar un programa completo"), y mediante las cuales la presunta hospitalidad del comienzo se va convirtiendo en advertencias y reglamentos, a Bioy su propia marginalidad se le subraya con unas voces muy bajas. Se trata, mirándolo hasta sentirle el aliento, de un balanceo en su papel de vasallo en acatamiento ("para no defraudarla") que se altera en renuncia: "Rogué –nos comunica–, y di rápida marcha atrás".

SATURACIONES, AUTORIDAD

"–He conocido en París –me dijo Norma Shearer– a una mujer argentina que me ha impresionado. Su nombre es Victoria Ocampo. ¿La conoce? –Sí –le dije–, la conozco poco, pero soy un gran admirador de ella."
Luis Saslavsky, *La fábrica de noche*, 1983

Los comentarios de Bioy a esa cuñada-ciudad se van reiterando de manera alarmante: no se limita a consignar en su papel de turista lateral o de recién llegado, las contradictorias actitudes de Victoria



frente a los negros ("Negros guarangos, comenta cuando se indigna una vez más", o "negros de mierda" poco después de "hablar de la gente negra con suntuoso respeto"), sino que en un momento en que ella exige que la acompañen al cine para desaparecer poco después dejándolo solo sin dar explicaciones, llega a sentir vergüenza sin ninguna compasión. Aparentes detalles: los malestares de Victoria se convierten en una penosa repetición ("Victoria debió enojarse" –anota escrupulosamente Bioy sin demasiada ironía–, "Victoria volvió a enojarse"); y esos ademanes se van transformando en la cadencia que marca la totalidad del relato del viaje a Nueva York ("Victoria me indicó una silla vacía", menciona y apenas si insinúa una sonrisa). Hasta que esa lista se va trocando en una colección de perentorias agresiones que en lugar de apuntar a los negros, se depositan encima de Bioy: "No seas mierda", le susurra deliciosamente su cuñada. Uno. "No sean mierda", multiplica por dos. Y no se sabe muy bien si Bioy piensa en "patrona" (el título acriollado que otros de *Sur* propalaban sobre la directora), o el más cosmopolita de "antigua institutriz", o el más generalizado y quizá condescendiente de "mandona".

Y tanto se acumulan esas entonaciones que el relato de Bioy llega a resultar saturado, sobre todo cuando recuerda la "indignación fulminante" de Victoria frente a cierto episodio, así como sus preguntas compulsivas, insufribles. Hasta que el peculiar balanceo de su cuñada, por excesiva acentuación en los rasgos negativos, termina por parecer una caricatura. "Un solo perfil, monótono, insoportable." Especialmente cuando ese acopio la convierte a Victoria no ya en un cicerone autoritario sino en una grotesca tirana.

Quizá se trate de un desquite de Bioy Casares. Más irónico quizá por tan postergado. Porque si la sumisión aparentemente resignada del comienzo que le hace decir "alguna vez, con voz apagada, murmuré que estábamos cansados", se va desplazando a decisiones equívocas pero más enérgicas ("junté coraje y le dije"). Es un gesto aislado pero que, por fin, culmina en cierta reacción mucho más categórica y presuntamente deliberada ("La insubordinación no le cayó bien").

DE LA SUMISIÓN AL DESQUITE

"El apellido ilustre de Armour encabeza dos páginas cercanas; en la una como salchichero colosal; en la otra como apóstol de la educación".
Paul Groussac, *Del Plata al Niágara*, 1894

Sobresaturación e ironía que van funcionando de manera lateral, subrepticiamente en ese interjuego que va de "Ella se encargó de todo"/ "Para no defraudarla", apoyándose en tonos infantiles, todavía sumisos, pero que, al pronunciar "nos", incorpora a Silvina, su mujer con quien –según Bioy– "fingíamos hablar con naturalidad". Silenciosa la hermana menor, bruscamente colocada en el medio de la escena. Era otro testigo, mudo, pasivo, apenas aludido, que junto a su marido se desplazaba inadvertido. Pero que, al ser incorporada, se suma a Bioy: son dos los *niños* en realidad que, a lo Cocteau, han fingido someterse, pero que en su envés se hacen guiños, cuchichean y dándose codazos cómplices se burlan sin conmiseración.

Esos tonos impiadosos de Bioy, puestos en movimiento como conjuro frente a su cuñada (cuyas sobreactuaciones ya van resultando, al final, más que excesivas, casi inverosímiles), se transforman en el tono más sagaz y saludablemente cruel ante la franja editorial norteamericana. "Nueva York, la ciudad de los libros." Porque cuando le preguntan *What do you sell?*, Bioy, inobjetable y sagazmente irónico –porque ya no es "un niño" frente a su cuñada, sino un adulto ante los intermediarios del Poder– "contestó, y no sin orgullo, que no vendía nada".

Y Bioy redondea ese rulo con un sarcasmo ejemplar y desenvuelto: "Cuando volví al hotel –parece escribir en su diario–, mentalmente corregí el diálogo con el pelafustán y llegué a decirle que se cuidara bien de formular su pregunta fuera de Norteamérica, porque iban a despreciarlo". Bioy, al cierre de su viaje a Estados Unidos, deja de lado todo juego irónico o de sumisión y parece recuperar lo que lo emparda con lo más rescatable de los *caballeros* del '80. Aunque su elitismo sea marginal y no tenga mayores relaciones con el poder real que las que puede mantener algún Orleáns en la Francia de Mitterrand o Jospin.



Sus réplicas, simbólicas, y como reflejas, son los restos de una herencia. Quizá de su padre y sus abuelos. Porque otros *gentlemen* de esa elite privilegiada, insolente y central, delante de la prepotencia de Blaine, le recordaron al jefe del Departamento de Estado que a cualquier argentino de entonces "le sobraba pinta para ser rector de la universidad de Harvard". Eso en el primer encuentro panamericano de Washington. Y según la versión de José Martí, corresponsal de *La Nación* en 1889.♣

EL EXTRAPARTIDARIO

El director de teatro Rubén Szuchmacher cuenta sus últimas lecturas

Por si existía alguna duda acerca de sus cualidades como lector, Rubén Szuchmacher anticipa, apenas comenzada la charla, que se encuentra leyendo más de un libro. El primero, *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas. "Son sus memorias, su autobiografía", dice. "Es un libro desgarrador porque toda la historia está contada desde un prólogo de alguien que se sabe que está muerto. El libro está muy signado por este prólogo tremendo, de alguien que está por morir y no se termina de morir, y entonces escribe el libro". Y agrega que también leyó *Celestino antes del alba*, del mismo autor. *Un artista del mundo flotante* de Kazuo Ishiguro, es la segunda novela que lo mantiene ocupado por estos días. "No lo terminé todavía. En realidad, al anterior tampoco. Los estoy leyendo al mismo tiempo", confiesa. Del libro de Ishiguro dice que "es atrapante cómo está construido. Es impresionante que alguien pueda escribir en inglés y que parezca japonés. Me asombra mucho cómo va construyendo en un idioma algo que es en realidad de otro, independientemente del tema".

"Además, estoy con dos cosas obsesivamente: una es *Lo obvio y lo obtuso* de Roland Barthes y lo otro, son las tragedias griegas, por razones obvias", dice Szuchmacher, quien se encuentra preparando una puesta de *Ifigenia*. "Tanto las tragedias como lo de Barthes es parte de mi trabajo: lo leo por necesidades de laburo pero, al mismo tiempo, por puro placer. Las novelas las voy leyendo cuando puedo".

P. M.



QUÉ LEER...

...en un avión. Anna Kazumi Stahl...

¡Qué ganas de decir *El señor de las moscas*! O –sólo por lo entretenido de los títulos– ¿qué tal *Las cosas se caen a pedazos* de Achebe o *El boleto que explotó* de Burroughs, *El terrorista* de Daniel Guebel, o, claro, *La insoportable levedad del ser*?

No. Quisiera responder en serio. El libro –especialmente en un viaje internacional– será el único territorio en el que uno podrá ubicarse mientras vuela en contra de toda ley natural: hacia horarios y sitios cambiados, y lenguas, costumbres, comidas y aguas foráneas, distinto todo (y de otros).

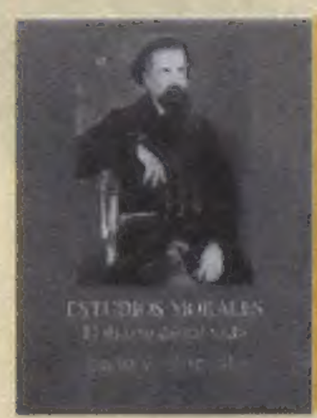
Recomendaría, entonces, libros que dan testimonio del desterritorializado. *Bajo cielos occidentales* de Conrad, por su narrador expatriado, más extraviado pero menos víctima de esa condición que los otros dos, en particular porque él es traidor y maneja el equilibrio penoso de esconder el hecho en el exilio y en el secreto, pero que de repente ama y se arrepiente y se cae. *Una mujer en la arena* de Kobo Abe, por lo que significa el destino acertado en un viaje equívoco (o sea el verdadero "turismo accidental", a pesar de que es el personaje de Anne Tyler quien recomienda siempre viajar con un libro debajo del brazo). *Kokoro* de Lafcadio Hearn porque es el norteamericano (New Orleans) que se metió en tierras extrañas en lo extremo (Japón) con ganas y con goce. Así conquistó no el "extraño lugar", sino el placer del mareo en el no-saber, y no tuvo problema con eso.

Después, pensando en lo que es un avión –ese espacio en tinieblas, de almas acorraladas, apretadas, y al mismo tiempo anónimas, resguardadamente anónimas–, recomendaría algo que rompe con esa fácil no-identidad, como *Visitando a Mrs. Nabokov*, las entrevistas que hizo Martin Amis, aquí, allá, en un mismo libro. Y si no, un libro de Pico Iyer cuyo asunto es realmente ir volando a otras partes: *Noche de video en Kathmandu* o *Cayendo por fuera del mapa* (con una visita flash en Bs. As.)

Finalmente, quisiera incluir algo al que pocos recurrirían, supongo, porque no es leer y porque depende demasiado de un idioma en particular: es la grabación de *Bajo el bosque de leche* de Dylan Thomas. Lee él mismo –voz como ninguna otra– con cinco actores más. La obra habla de un pequeño pueblo, o sea: un mundo que no vuela, que no se mueve, que no cambia de horarios, ni de idiomas ni de aguas. Pero hacia el comienzo, Dylan Thomas recita: "tú, solo, puedes escuchar la caída invisible de las estrellas" y recuerdo la extraña noche que se hace por encima de las nubes en los vuelos transcontinentales. Luego dice: "escucha: es la noche que se mueve" y creo escuchar ese silencio del anonimato de los pasajeros intranquilamente adormecidos en la cabina y el ruido blanco de los motores. Dice: "el tiempo pasa –escucha– el tiempo pasa" y entonces nos revela que: "Sólo tú puedes escuchar y ver por atrás de los ojos de los que duermen, los movimientos y los países y los laberintos y los colores y las consternaciones y el arcoiris y las melodías y los deseos y el vuelo y la caída y las desesperanzas y los grandes mares de sus sueños. Desde donde tú estás, puedes escuchar sus sueños".

Recomendaría llevar esos libros. Y, para el walkman (claro): Patsy Cline, Jim Croce, Stevie Ray Vaughan y Carlos Gardel (por cábala).

LA HIGIENE DEL M



ESTUDIOS MORALES/EL DIARIO DE MI VIDA
Lucio V. Mansilla
Perfil libros
Buenos Aires, 1998
120 págs. $16

por Alan Pauls

En 1896, cuando el editor Richard publica en París la primera edición de los *Estudios morales*, Lucio Victorio Mansilla tiene casi 60 años y una fama despareja. Su figura, versátil y extravagante, ya es un icono vivo de la generación del '80; su libro más famoso, *Una excursión a los indios ranqueles*, ha agotado tres ediciones en un cuarto de siglo (todo un record para la época) y los ecos de sus intervenciones periodísticas siguen zigzagueando al instante en los corrillos de la alta sociedad, entre los mismos porteños que un año antes, agolpados ante el escenario del Pabellón Argentino, se regodeaban con su réplica teatral, fraguada por un transformista minucioso apodado Casthor. Menos bien le iba en la escena política, con la que nunca había dejado de coquetear y que a fines del siglo, menos para premiarlo que para sacárselo de encima, lo había despachado a Europa con la dudosa misión de estudiar formas de organización militar.

Lejos de la patria, de sus ministerios y sus intrigas políticas, Mansilla hace lo que hizo siempre en Buenos Aires, en las tolderías de Mariano Rozas, en Londres o en Lahore: vive y brilla. En París, la misma París donde despunta sigilosamente el caso Dreyfus, su bulimia mundana incluye un *affaire* con la esposa de Jean Rostand, una amistad de salón con el Conde de Montesquiou (el corrompido Charlus de Proust), un roce nocturno con Paul Verlaine ("Anoche comí con un general de la República Argentina ... Ha vivido en la pampa. Ha escrito un libro indiano que me va a mandar. Habla muy bien el francés y es un elegante: sombrero inclinado, provocativo, guante lila, monóculo, *boutonnière fleurie* ... Es ya entrado en años y ¡qué joven y fuerte se lo ve! Fuimos a Foyot, el restaurante frente al Luxemburgo. Una comida espléndida: champaña, habanos, copas de licor. ¡Cuánta champaña! Era una lástima, yo no puedo beber ... Mi estómago, mi enfermedad ... Me retuvieron hasta las once ..."), un reguero de banquetes frívolos, cierto almuerzo en el Bois de Boulogne con Maurice Barrès y un *tête-à-tête* consagratorio con Sarah Bernhardt: Mansilla le ofrenda un ramo de jazmines; la Bernhardt desgaja algunas flores, se las pone en el pecho y dice: "Las más bellas flores de vuestro país son sus mujeres".

Poco y nada de esa tupida agenda social se filtra en los *Estudios Morales*: apenas la firma y la prosa promocional de Barrès, que aceptó relevar a Verlaine en la faena de prologar el libro, y el fulgor heráldico del Conde de Montesquiou, que figura como su dedicatario. Ya sexagenario, el polígrafo Mansilla se dedica menos a escribir que a recapitular lo escrito. Abandona la conversación, el folletín costumbrista, los esbozos de autobiografía y las epopeyas digresivas (géneros que practicó con un arte deslumbrante), y procede a embalsamarlos, siguiendo a La Rochefoucauld y a La Bruyère, en una apretada colección de sentencias que parece agotar todos los tópicos del género: las mujeres, los hombres, la política, el amor, las cosas de la patria, el arte, la moral. Son máximas mínimas (como le reprocha alguien en el libro), breves latigazos verbales donde el sentido común de la experiencia afirma, con una suave condescendencia, ese *justo medio* del que la excentricidad narrativa de Mansilla, antes, había vivido burlándose. Ni siquiera hay didactismo en los apotegmas de *Estudios Morales*; hay retrospección, el tono resignado con que un escritor, cansado ya de narrar, salva de ese naufragio extenuado las pocas frases capaces de concluir limpiamente cualquier relato.

Los mansillófilos, atraídos por el subtítulo que el mismo Mansilla eligió para su libro ("El diario de mi vida"), pondrán el grito en el cielo ante este compendio exangüe de sensateces telegráficas. ¿Falsa alarma? ¿Mansilla pionero del marketing? No todo es decepción, sin embargo, en estos *Estudios morales*. En la carta que abre el libro, publicada 15 años antes en un periódico porteño, Mansilla teoriza la singular relación genética que emparienta dos formas tan dispares como el Diario y el compendio de Máximas, y en siete páginas brillantes nos persuade, no del valor de las 110 que vendrán, sino de la extraña operación de lectura que deberíamos realizar para leerlas.

¿Quién va a ser? ¡La mucama!



CÓMO TRIUNFAR EN LA VIDA
Angélica Gorodischer
Emecé
Buenos Aires, 1998
186 páginas. $ 14

por Claudio Zeiger

Hace poco, Marta Ferro –redactora de Policiales de *Crónica* y una de las mujeres que más sabe sobre crímenes y diferencias de clase– señalaba en la película *Tinta Roja* que en estos tiempos ya casi nadie mata por amor. Se acabaron los crímenes pasionales y también los refinamientos a la hora de planear un asesinato. "Se mata con la tramontina y se acabó." En su último libro, Angélica Gorodischer, una de las damas del género policial argentino (que también ha incursionado en la ciencia ficción en su prolífica obra), explora un universo donde el crimen, inmediatamente –y naturalmente– se engancha con las diferencias sociales.

Más que el amor, el móvil suele ser el despecho. Despecho de afecto, despecho de clase. El de este libro es un mundo de sirvientas y señoras, de patronas, de ricos cuyo signo de distinción es acumular servidumbre y joyas, y amantes "de abajo" que saben que nunca van a llegar a desplazar a la legítima esposa de un señor de buena posición. Pero hay que advertirlo: salvo en "El beguén", cuento que ya había aparecido en *Cuentos policiales argentinos* (selección y prólogo de Jorge Lafforgue), la autora no se toma muy en serio las marcas dramáticas de ese mundo donde más que detectives hay policías y pobres diablos. La levedad es la marca de fábrica de estos relatos, lo que en principio no es ni bueno ni malo. Es leve.

Escribe Gorodischer en el primer relato: "Un par de veces me encontré con el canoso, buenas noches, parece que el tiempo va a mejorar, y bueno es la época, claro, buenas noches". Este coloquialismo zumbón, juguetón, esta escritura de fluidez fácil, por momentos excesivamente ingenua, impregna todo el libro, y si a veces la fluidez agrega una dosis de humor aconsejable, otras veces parece entrar en colisión con la materia de los cuentos, como en el ya citado "El beguén" o "La noche vacía".

El cuento policial siempre tuvo una desventaja evidente frente a la novela policial, ya que tiene que limitar al máximo la descripción de ambientes y personajes, en la que maestros del género se han hecho fuertes, y potenciar la eficacia del final. Una de las cuerdas más notables que maneja Gorodischer es sin duda la eficacia narrativa, inclusive, se podría aventurar que más de un cuento del volumen sintoniza con el rasgo característico de la crónica policial: el sensacionalismo. En cuentos como "Vidas privadas" o "La fuente de Lerna" se ve venir la sangre, y cuando llega, en efecto, no defrauda. No se trata de tramontinas, pero también coinciden con los crímenes actuales en carecer de mayores sutilezas: se usan navajas, revólveres y se dejan muchas huellas. No hay grandes enigmas para deducir, como quería el gusto inglés. Lo que quizá se podría haber esperado es una menor referencia al género, un poco más de verismo, por qué no. La mayoría de los cuentos de este volumen transcurren en las primeras décadas del siglo, inclusive en "Una vez por semana" se hace referencia al rol de la policía en esos tiempos idos. Por estar ambientados en otros tiempos, se tiene la sensación de



estar frente a relatos escritos para aquellos viejos concursos policiales de *Leoplán* o *Vea y Lea*. No es falta de sangre ni de cariño, queda claro, pero todo parece ser un poco de mentiritas.

Un detalle: con una excesiva vocación de servicio, la contratapa de *Cómo triunfar en la vida* adelanta los finales de varios de los cuentos, y si bien es cierto que lo de Gorodischer tiene más que ver con la crónica policial que con el enigma inglés, no hay que exagerar. Hay un viejo axioma, quizás uno de los pocos que vale la pena respetar, que reza, casi implora: "no me cuentes el final" ♣



QUÉ LEER...

...en un avión. Anna Kazumi Stahl...

¡Qué ganas de decir *El señor de las moscas*! O –sólo por lo entretenido de los títulos– ¿qué tal *Las cosas se caen a pedazos* de Achebe o *El boleto que explotó* de Burroughs, *El terrorista* de Daniel Guebel, o, claro, *La insoportable levedad del ser*?

No. Quisiera responder en serio. El libro –especialmente en un viaje internacional– será el único territorio en el que uno podrá ubicarse mientras vuela en contra de toda ley natural: hacia horarios y sitios cambiados, y lenguas, costumbres, comidas y aguas foráneas, distinto todo (y de otros).

Recomendaría, entonces, libros que dan testimonio del desterritorializado. *Bajo cielos occidentales* de Conrad, por su narrador expatriado, más extraviado pero menos víctima de esa condición que los otros dos, en particular porque él es traidor y maneja el equilibrio penoso de esconder el hecho en el exilio y en el secreto, pero que de repente ama y se arrepiente y se cae. *Una mujer en la arena* de Kobo Abe, por lo que significa el destino acertado en un viaje equívoco (o sea el verdadero "turismo accidental", a pesar de que es el personaje de Anne Tyler quien recomienda siempre viajar con un libro debajo del brazo). *Kokoro* de Lafcadio Hearn porque es el norteamericano (New Orleans) que se metió en tierras extrañas en lo extremo (Japón) con ganas y con goce. Así conquistó no el "extraño lugar", sino el placer del mareo en el no-saber, y no tuvo problema con eso.

Después, pensando en lo que es un avión –ese espacio en tinieblas, de almas acorraladas, apretadas, y al mismo tiempo anónimas, resguardadamente anónimas–, recomendaría algo que rompe con esa fácil no-identidad, como *Visitando a Mrs. Nabokov*, las entrevistas que hizo Martin Amis, aquí, allá, en un mismo libro. Y si no, un libro de Pico Iyer cuyo asunto es realmente ir volando a otras partes: *Noche de video en Kathmandu* o *Cayendo por fuera del mapa* (con una visita flash en Bs. As.)

Finalmente, quisiera incluir algo al que pocos recurrirían, supongo, porque no es leer y porque depende demasiado de un idioma en particular: es la grabación de *Bajo el bosque de leche* de Dylan Thomas. Lee él mismo –voz como ninguna otra– con cinco actores más. La obra habla de un pequeño pueblo, o sea: un mundo que no vuela, que no se mueve, que no cambia de horarios, ni de idiomas ni de aguas. Pero hacia el comienzo, Dylan Thomas recita: "tú, solo, puedes escuchar la caída invisible de las estrellas" y recuerdo la extraña noche que se hace por encima de las nubes en los vuelos transcontinentales. Luego dice: "escucha: es la noche que se mueve" y creo escuchar ese silencio del anonimato de los pasajeros intranquilamente adormecidos en la cabina y el ruido blanco de los motores. Dice: "el tiempo pasa –escucha– el tiempo pasa" y entonces nos revela que: "Sólo tú puedes escuchar y ver por atrás de los ojos de los que duermen, los movimientos y los países y los laberintos y los colores y las consternaciones y el arcoíris y las melodías y los deseos y el vuelo y la caída y las desesperanzas y los grandes mares de sus sueños. Desde donde tú estás, puedes escuchar sus sueños".

Recomendaría llevar esos libros. Y, para el walkman (claro): Patsy Cline, Jim Croce, Stevie Ray Vaughan y Carlos Gardel (por cábala).

LA HIGIENE DEL MUERTO



ESTUDIOS MORALES/EL DIARIO DE MI VIDA
Lucio V. Mansilla
Perfil libros
Buenos Aires, 1998
120 págs. $16

por Alan Pauls

En 1896, cuando el editor Richard publica en París la primera edición de los *Estudios morales*, Lucio Victorio Mansilla tiene casi 60 años y una fama despareja. Su figura, versátil y extravagante, ya es un icono vivo de la generación del '80; su libro más famoso, *Una excursión a los indios ranqueles*, ha agotado tres ediciones en un cuarto de siglo (todo un record para la época) y los ecos de sus intervenciones periodísticas siguen zigzagueando al instante en los corrillos de la alta sociedad, entre los mismos porteños que un año antes, agolpados ante el escenario del Pabellón Argentino, se regodeaban con su réplica teatral, fraguada por un transformista minucioso apodado Casthor. Menos bien le iba en la escena política, con la que nunca había dejado de coquetear y que a fines del siglo, menos para premiarlo que para sacárselo de encima, lo había despachado a Europa con la dudosa misión de estudiar formas de organización militar.

Lejos de la patria, de sus ministerios y sus intrigas políticas, Mansilla hace lo que hizo siempre en Buenos Aires, en las tolderías de Mariano Rozas, en Londres o en Lahore: vive y brilla. En París, la misma París donde despunta sigilosamente el caso Dreyfus, su bulimia mundana incluye un *affaire* con la esposa de Jean Rostand, una amistad de salón con el Conde de Montesquiou (el corrompido Charlus de Proust), un roce nocturno con Paul Verlaine ("Anoche comí con un general de la República Argentina ... Ha vivido en la pampa. Ha escrito un libro indiano que me va a mandar. Habla muy bien el francés y es un elegante: sombrero inclinado, provocativo, guante lila, monóculo, *boutonnière fleurie* ... Es ya entrado en años y ¡qué joven y fuerte se lo ve! Fuimos a Foyot, el restaurante frente al Luxemburgo. Una comida espléndida: champaña, habanos, copas de licor. ¡Cuánta champaña! Era una lástima, yo no puedo beber ... Mi estómago, mi enfermedad ... Me retuvieron hasta las once ..."), un reguero de banquetes frívolos, cierto almuerzo en el Bois de Boulogne con Maurice Barrès y un *tête-à-tête* consagratorio con Sarah Bernhardt: Mansilla le ofrenda un ramo de jazmines; la Bernhardt desgaja algunas flores, se las pone en el pecho y dice: "Las más bellas flores de vuestro país son sus mujeres".

Poco y nada de esa tupida agenda social se filtra en los *Estudios Morales*: apenas la firma y la prosa promocional de Barrès, que aceptó relevar a Verlaine en la faena de prologar el libro, y el fulgor heráldico del Conde de Montesquiou, que figura como su dedicatario. Ya sexagenario, el polígrafo Mansilla se dedica menos a escribir que a recapitular lo escrito. Abandona la conversación, el folletín costumbrista, los esbozos de autobiografía y las epopeyas digresivas (géneros que practicó con un arte deslumbrante), y procede a embalsamarlos, siguiendo a La Rochefoucauld y a La Bruyère, en una apretada colección de sentencias que parece agotar todos los tópicos del género: las mujeres, los hombres, la política, el amor, las cosas de la patria, el arte, la moral. Son máximas mínimas (como le reprocha alguien en el libro), breves latigazos verbales donde el sentido común de la experiencia afirma, con una suave condescendencia, ese *justo medio* del que la excentricidad narrativa de Mansilla, antes, había vivido burlándose. Ni siquiera hay didactismo en los apotegmas de *Estudios Morales*; hay retrospección, el tono resignado con que un escritor, cansado ya de narrar, salva de ese naufragio extenuado las pocas frases capaces de concluir limpiamente cualquier relato.

Los mansillófilos, atraídos por el subtítulo que el mismo Mansilla eligió para su libro ("El diario de mi vida"), pondrán el grito en el cielo ante este compendio exangüe de sensateces telegráficas. ¿Falsa alarma? ¿Mansilla pionero del marketing? No todo es decepción, sin embargo, en estos *Estudios morales*. En la carta que abre el libro, publicada 15 años antes en un periódico porteño, Mansilla teoriza la singular relación genética que emparienta dos formas tan dispares como el Diario y el compendio de Máximas, y en siete páginas brillantes nos persuade, no del valor de las 110 que vendrán, sino de la extraña operación de lectura que deberíamos realizar para leerlas.

Mansilla confiesa que durante años llevó un diario íntimo, "el más prolijo, detallado y minucioso que puede usted imaginar; allí rezaba todo lo que yo había hecho, dicho, visto, oído, pensado y sospechado ...". Confiesa que un día lo perdió, que pasó "las penas del Purgatorio" y que renunció, por fin, a contarse a sí mismo "lo que solamente debía tener archivado en las gavetas reservadas de la memoria". Pero no renunció a escribir; sólo cambió de método: "todos los días, todas las semanas, todos los meses, de cuando en cuando, pasaba revista de los hombres, de las mujeres, de las cosas, de los acontecimientos, de lo bueno, de lo malo, en que yo había sido actor o espectador, protagonista o *adlátere*, y *fecho*, me concentraba, miraba dentro de mí mismo, filosofaba y acababa por darle forma sintética a mi impresión definitiva". He ahí el origen de los *Estudios morales*. La higiene del muerto, como llamó Barthes al pasaje de la palabra dicha a la palabra escrita. Cada máxima, por anodina que sea, es el indicio escrito de un gran texto silencioso, ese diario mental que el escritor confina en una cárcel inaudible por el temor atroz de perderlo. Así, las sentencias de los *Estudios morales* adquieren un curioso valor de emoción; son las sobrevivientes de un texto mítico, que no nacerá jamás o que nació perdido; y nosotros, lectores, nos acercamos a ellas sin arrogancia alguna, como quien roza los dedos de un deudo y trata de mirar, por sobre su hombro, el rostro de un muerto que nunca verá.♣





NOTICIAS DEL MUNDO

- Eugenio Montale, Premio Nobel 1975, muerto en setiembre de 1981, convertido ya en uno de los más grandes poetas italianos del siglo, dejó disposiciones testamentarias extremadamente precisas en relación con su obra póstuma. Los cuatrocientos veinticuatro poemas que constituyen la última etapa de su obra fueron confiados a su inspiradora, Annalisa Cima, y publicados en Italia entre 1986 y 1997. Obra de la vejez, este *Diario póstumo (poesías VII)*, comienza a ser traducido: es de esperar que pronto circule en castellano.

- El último número de *Concilium*, la revista de teología, nacida del Concilio Vaticano II, está dedicado al tema "La escritura sacra de las mujeres" y tiene dos partes: la primera reseña la experiencia, antigua y reciente, de las mujeres que transgreden los límites de la escritura. La segunda postula que la palabra y la práctica de las mujeres tienen una sacralidad específica, irreductible a la sacralidad androcéntrica. "El macho: señor dominante de la sociedad y de la iglesia", dice Schussler Fiorenza (la curadora) en una introducción que milita en la corriente de "teología feminista".

- A fines de octubre se publicará *As time goes by* (*Mientras pasan los años*), libro que continúa la historia de *Casablanca*, la película de Michael Curtiz. Uno de los voceros de la editorial declaró que la acción estará situada, como en la película, en la década del cuarenta. El libro, que aparecerá simultáneamente en varios idiomas, comienza con la última escena del film, en la que Rick Blaine (Humphrey Bogart, foto) e Ilsa Lund (Ingrid Bergman) se despiden en el aeropuerto de la ciudad marroquí.

¿Quién va a ser? ¡La mucama!



CÓMO TRIUNFAR EN LA VIDA
Angélica Gorodischer
Emecé
Buenos Aires, 1998
186 páginas. $ 14

por Claudio Zeiger

Hace poco, Marta Ferro –redactora de Policiales de *Crónica* y una de las mujeres que más sabe sobre crímenes y diferencias de clase– señalaba en la película *Tinta Roja* que en estos tiempos ya casi nadie mata por amor. Se acabaron los crímenes pasionales y también los refinamientos a la hora de planear un asesinato. "Se mata con la tramontina y se acabó." En su último libro, Angélica Gorodischer, una de las damas del género policial argentino (que también ha incursionado en la ciencia ficción en su prolífica obra), explora un universo donde el crimen, inmediatamente –y naturalmente– se engancha con las diferencias sociales.

Más que el amor, el móvil suele ser el despecho. Despecho de afecto, despecho de clase. El de este libro es un mundo de sirvientas y señoras, de patronas, de ricos cuyo signo de distinción es acumular servidumbre y joyas, y amantes "de abajo" que saben que nunca van a llegar a desplazar a la legítima esposa de un señor de buena posición. Pero hay que advertirlo: salvo en "El beguén", cuento que ya había aparecido en *Cuentos policiales argentinos* (selección y prólogo de Jorge Lafforgue), la autora no se toma muy en serio las marcas dramáticas de ese mundo donde más que detectives hay policías y pobres diablos. La levedad es la marca de fábrica de estos relatos, lo que en principio no es ni bueno ni malo. Es leve.

Escribe Gorodischer en el primer relato: "Un par de veces me encontré con el canoso, buenas noches, parece que el tiempo va a mejorar, y bueno es la época, claro, buenas noches". Este coloquialismo zumbón, juguetón, esta escritura de fluidez fácil, por momentos excesivamente ingenua, impregna todo el libro, y si a veces la fluidez agrega una dosis de humor aconsejable, otras veces parece entrar en colisión con la materia de los cuentos, como en el ya citado "El beguén" o "La noche vacía".

El cuento policial siempre tuvo una desventaja evidente frente a la novela policial, ya que tiene que limitar al máximo la descripción de ambientes y personajes, en la que maestros del género se han hecho fuertes, y potenciar la eficacia del final. Una de las cuerdas más notables que maneja Gorodischer es sin duda la eficacia narrativa, inclusive, se podría aventurar que más de un cuento del volumen sintoniza con el rasgo característico de la crónica policial: el sensacionalismo. En cuentos como "Vidas privadas" o "La fuente de Lerna" se ve venir la sangre, y cuando llega, en efecto, no defrauda. No se trata de tramontinas, pero también coinciden con los crímenes actuales en carecer de mayores sutilezas: se usan navajas, revólveres y se dejan muchas huellas. No hay grandes enigmas para deducir, como quería el gusto inglés. Lo que quizá se podría haber esperado es una menor referencia al género, un poco más de verismo, por qué no. La mayoría de los cuentos de este volumen transcurren en las primeras décadas del siglo, inclusive en "Una vez por semana" se hace referencia al rol de la policía en esos tiempos idos. Por estar ambientados en otros tiempos, se tiene la sensación de



estar frente a relatos escritos para aquellos viejos concursos policiales de *Leoplán* o *Vea y Lea*. No es falta de sangre ni de cariño, queda claro, pero todo parece ser un poco de mentiritas.

Un detalle: con una excesiva vocación de servicio, la contratapa de *Cómo triunfar en la vida* adelanta los finales de varios de los cuentos, y si bien es cierto que lo de Gorodischer tiene más que ver con la crónica policial que con el enigma inglés, no hay que exagerar. Hay un viejo axioma, quizás uno de los pocos que vale la pena respetar, que reza, casi implora: "no me cuentes el final" ♣

Después del imperio



MAR DE FONDO
Romesh Gunesekera
Trad. Luis Cardenal
Emecé
Buenos Aires, 1998
176 págs, $ 12

por Eduardo Berti

En *Mar de fondo*, Romesh Gunesekera combina con astucia dos recursos muchas veces probados: el criado que saborea vicariamente las peripecias de su amo; los personajes que, aunque alejados de los grandes vaivenes políticos, no pueden impedir que estos determinen sus vidas. La historia se inicia en Sri Lanka, esa isla cercana a la costa sudoeste de la India que hasta 1972, bajo dominio británico, se llamó Ceilán. El protagonista y narrador es Triton, un muchacho que a los once años es "ubicado" por su tío como sirviente a las órdenes del adinerado señor Ranjan Salgado. Al cabo de diez años, y mientras los sirvientes más antiguos decepcionan o abandonan a su amo, Triton pasa de ser un simple "kolla" a revelarse como un cocinero magistral. Novela de iniciación, *Mar de fondo* también cuenta cómo el narrador, mirando al señor Salgado, aprende a "convertirme en lo que soy".

Lo mejor de Gunesekera es su prosa lírica y refinada: las descripciones que Triton hace de la voz de su amo, o de la casa de su amo; las observaciones cuando, de un día al otro, el señor Salgado introduce en su casa a cierta señorita Nili. "Nunca había tocado ropa de mujer", reflexiona Triton, al tiempo que remarca cómo tras la irrupción de la joven comienza "el período más gregario" de su amo, período que Gunesekera ilustra con la escena cúspide y central del libro: una gran comilona de Navidad en torno a un pavo cocinado por Triton.

A un primer plano manso y cotidiano, Gunesekera contrapone pinceladas de un "mar de fondo" perturbador. La isla comienza a desbarrancarse en un "desenfreno salvaje": guerra civil, terrorismo tamil, conflictos étnicos. Alcanza a advertirse que algo malo ocurre, al principio de una forma difusa, a través de la óptica ignorante e inocente de Triton, a través de sus escuchas accidentales, pero luego de modo más explícito. "Los cambios en nuestra casa eran por el momento suficientes para mí", se justifica el narrador. El "mundo real" más allá de la casa se limita, para él, a un bungalow y un observatorio que el señor Salgado tiene a orillas de la playa, cerca de un arrecife. La estrechez de este "otro mundo" sirve, no obstante, para la metáfora más amplia de la novela: la destrucción del arrecife o la matanza de delfines simbolizan la explosión de la violencia, el fin de la vida "paradisíaca" en la isla. "Nuestro país necesita una limpieza radical. Tenemos que destruir para poder crear. Como el mar, ¿entiendes?", le dice a Triton un ayudante de Salgado.

El periplo de Sri Lanka a Londres que, en 1972 –en calidad de refugiados–, emprenden el señor Salgado y su incondicional Triton es el mismo del autor. Nacido en 1954, Gunesekera se educó en Filipinas y publicó antes de esta única novela un volumen de nueve cuentos (*Monkish Moon*) que le valió en 1992 los elogios del *New York Times*. Tal vez por su prosa o por su indagación acerca del posimperialismo, muchos críticos lo compararon con V.S. Naipaul, y también con otros narradores del Commonwealth asiático, desde Salman Rushdie hasta Arundhati Roy. Originalmente titulada *Reef* (Arrecife), esta novela fue finalista, en 1994, para el prestigioso premio Booker.♣

JERTO

Mansilla confiesa que durante años llevó un diario íntimo, "el más prolijo, detallado y minucioso que puede usted imaginar; allí rezaba todo lo que yo había hecho, dicho, visto, oído, pensado y sospechado ...". Confiesa que un día lo perdió, que pasó "las penas del Purgatorio" y que renunció, por fin, a contarse a sí mismo "lo que solamente debía tener archivado en las gavetas reservadas de la memoria". Pero no renunció a escribir; sólo cambió de método: "todos los días, todas las semanas, todos los meses, de cuando en cuando, pasaba revista de los hombres, de las mujeres, de las cosas, de los acontecimientos, de lo bueno, de lo malo, en que yo había sido actor o espectador, protagonista o *adlátere*, y *fecho*, me concentraba, miraba dentro de mí mismo, filosofaba y acababa por darle forma sintética a mi impresión definitiva". He ahí el origen de los *Estudios morales*. La higiene del muerto, como llamó Barthes al pasaje de la palabra dicha a la palabra escrita. Cada máxima, por anodina que sea, es el indicio escrito de un gran texto silencioso, ese diario mental que el escritor confina en una cárcel inaudible por el temor atroz de perderlo. Así, las sentencias de los *Estudios morales* adquieren un curioso valor de emoción; son las sobrevivientes de un texto mítico, que no nacerá jamás o que nació perdido; y nosotros, lectores, nos acercamos a ellas sin arrogancia alguna, como quien roza los dedos de un deudo y trata de mirar, por sobre su hombro, el rostro de un muerto que nunca verá.♣





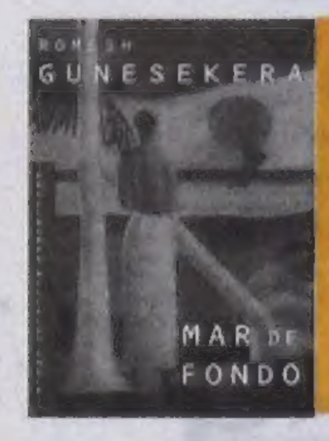
NOTICIAS DEL MUNDO

• Eugenio Montale, Premio Nobel 1975, muerto en setiembre de 1981, convertido ya en uno de los más grandes poetas italianos del siglo, dejó disposiciones testamentarias extremadamente precisas en relación con su obra póstuma. Los cuatrocientos veinticuatro poemas que constituyen la última etapa de su obra fueron confiados a su inspiradora, Annalisa Cima, y publicados en Italia entre 1986 y 1997. Obra de la vejez, este *Diario póstumo (poesías VII)*, comienza a ser traducido: es de esperar que pronto circule en castellano.

• El último número de *Concilium*, la revista de teología, nacida del Concilio Vaticano II, está dedicado al tema "La escritura sacra de las mujeres" y tiene dos partes: la primera reseña la experiencia, antigua y reciente, de las mujeres que transgreden los límites de la escritura. La segunda postula que la palabra y la práctica de las mujeres tienen una sacralidad específica, irreductible a la sacralidad androcéntrica. "El macho: señor dominante de la sociedad y de la iglesia", dice Schussler Fiorenza (la curadora) en una introducción que milita en la corriente de "teología feminista".

• A fines de octubre se publicará *As time goes by* (*Mientras pasan los años*), libro que continúa la historia de *Casablanca*, la película de Michael Curtiz. Uno de los voceros de la editorial declaró que la acción estará situada, como en la película, en la década del cuarenta. El libro, que aparecerá simultáneamente en varios idiomas, comienza con la última escena del film, en la que Rick Blaine (Humphrey Bogart, foto) e Ilsa Lund (Ingrid Bergman) se despiden en el aeropuerto de la ciudad marroquí.

Después del imperio



MAR DE FONDO
Romesh Gunesekera
Trad. Luis Cardenal
Emecé
Buenos Aires, 1998
176 págs, $ 12

por Eduardo Berti

En *Mar de fondo*, Romesh Gunesekera combina con astucia dos recursos muchas veces probados: el criado que saborea vicariamente las peripecias de su amo; los personajes que, aunque alejados de los grandes vaivenes políticos, no pueden impedir que estos determinen sus vidas. La historia se inicia en Sri Lanka, esa isla cercana a la costa sudoeste de la India que hasta 1972, bajo dominio británico, se llamó Ceilán. El protagonista y narrador es Triton, un muchacho que a los once años es "ubicado" por su tío como sirviente a las órdenes del adinerado señor Ranjan Salgado. Al cabo de diez años, y mientras los sirvientes más antiguos decepcionan o abandonan a su amo, Triton pasa de ser un simple "kolla" a revelarse como un cocinero magistral. Novela de iniciación, *Mar de fondo* también cuenta cómo el narrador, mirando al señor Salgado, aprende a "convertirme en lo que soy".

Lo mejor de Gunesekera es su prosa lírica y refinada: las descripciones que Triton hace de la voz de su amo, o de la casa de su amo; las observaciones cuando, de un día al otro, el señor Salgado introduce en su casa a cierta señorita Nili. "Nunca había tocado ropa de mujer", reflexiona Triton, al tiempo que remarca cómo tras la irrupción de la joven comienza "el período más gregario" de su amo, período que Gunesekera ilustra con la escena cúspide y central del libro: una gran comilona de Navidad en torno a un pavo cocinado por Triton.

A un primer plano manso y cotidiano, Gunesekera contrapone pinceladas de un "mar de fondo" perturbador. La isla comienza a desbarrancarse en un "desenfreno salvaje": guerra civil, terrorismo tamil, conflictos étnicos. Alcanza a advertirse que algo malo ocurre, al principio de una forma difusa, a través de la óptica ignorante e inocente de Triton, a través de sus escuchas accidentales, pero luego de modo más explícito. "Los cambios en nuestra casa eran por el momento suficientes para mí", se justifica el narrador. El "mundo real" más allá de la casa se limita, para él, a un bungalow y un observatorio que el señor Salgado tiene a orillas de la playa, cerca de un arrecife. La estrechez de este "otro mundo" sirve, no obstante, para la metáfora más amplia de la novela: la destrucción del arrecife o la matanza de delfines simbolizan la explosión de la violencia, el fin de la vida "paradisíaca" en la isla. "Nuestro país necesita una limpieza radical. Tenemos que destruir para poder crear. Como el mar, ¿entiendes?", le dice a Triton un ayudante de Salgado.

El periplo de Sri Lanka a Londres que, en 1972 –en calidad de refugiados–, emprenden el señor Salgado y su incondicional Triton es el mismo del autor. Nacido en 1954, Gunesekera se educó en Filipinas y publicó antes de esta única novela un volumen de nueve cuentos (*Monkish Moon*) que le valió en 1992 los elogios del *New York Times*. Tal vez por su prosa o por su indagación acerca del posimperialismo, muchos críticos lo compararon con V.S. Naipaul, y también con otros narradores del Commonwealth asiático, desde Salman Rushdie hasta Arundhati Roy. Originalmente titulada *Reef* (Arrecife), esta novela fue finalista, en 1994, para el prestigioso premio Booker.♣



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos esta semana en *La boutique del libro*, de Adrogué.

Ficción

1. El alquimista
Paulo Coelho
(Planeta, $14)

2. El socio
John Grisham
(Ediciones B, $22)

3. Eminencia
Morris West
(Emecé, $16)

4. Felicitas Guerrero, la mujer más hermosa de la República
Ana María Cabrera
(Sudamericana, $14)

5. El señor de los caballos
Nicholas Evans
(Plaza & Janés, $9)

6. Invasión
Robin Cook
(Emecé, $17)

7. Los cuentos del osito mimosito
Eduardo de la Puente
(Distal, $14)

8. La hija del caníbal
Rosa Montero
(Espasa Calpe, $19)

9. El caballero de la armadura oxidada
Robert Fischer
(Obelisco, $9,50)

10. Café solo
Agatha Christie
(Plaza & Janés, $7)

No ficción

1. Hablando con el cielo
James Van Praagh
(Atlántida, $15)

2. La nueva visión espiritual
James Redfield
(Atlántida, $22)

3. Las siete leyes espirituales del éxito
Deepak Chopra
(Tesis Norma, $15)

4. Cartas de amor del profeta
Kalhil Gibran, adaptado por Paulo Coelho
(Planeta, $12)

5. No vencidos
H. Mayorga - J. Errecaborde
(Planeta, $25)

6. El país de las maravillas
Mempo Giardinelli
(Planeta, $20)

7. Cartas y manifiestos
Subcomandante Marcos
(Planeta, $15)

8. Lugar común la muerte
Tomás Eloy Martínez
(Planeta, $17)

9. Nuevos diálogos
M. Aguinis - J. Laguna
(Sudamericana, $17)

10. Los secretos de Nostradamus
David Ovason
(Plaza & Janés, $19)

¿Por qué se venden estos libros?
"En general los libros más buscados son los que responden a la temática de la New Age, autoayuda o inspiración", dice Susana Martínez, encargada de ventas de *La boutique del libro*, de Adrogué. "En esta semana resurgió *El socio* por la similitud de la historia con el caso Yabrán."

Un destino sudamericano

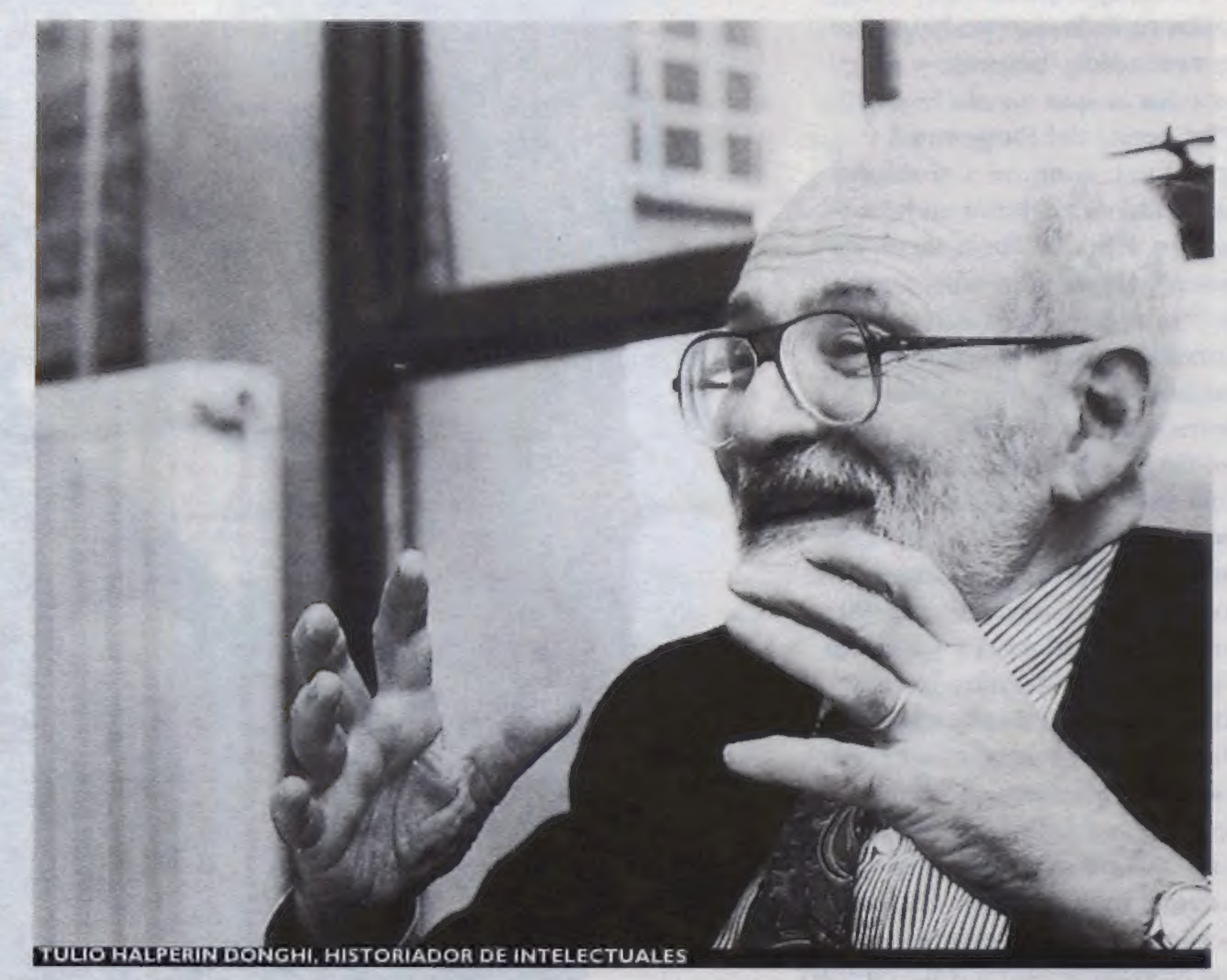


EL ESPEJO DE LA HISTORIA.
Tulio Halperín Donghi
Sudamericana
Buenos Aires, 1998
350 páginas, $ 17

por Ricardo Watson

A Halperín Donghi le sobra tinta para escribir sobre los intelectuales: en buena parte de su obra los ha estudiado con detenimiento, intentando desentrañar sus más íntimas motivaciones ideológicas. *El espejo de la historia*, publicado por primera vez hace once años, reúne una colección de ensayos que Halperín presentó durante el decenio 1976/1986 y que –como el autor advierte en la "Presentación"– son "parte de la reflexión colectiva sobre Hispanoamérica durante una etapa que, anunciada como decisiva para su destino, iba a revelarse finalmente como sólo una más (aunque particularmente trágica) en el camino sinuoso que nos toca avanzar sin saber adónde nos lleva". Antes que posar su mirada en los años del horror, Halperín se inclinaba por explorar el pasado argentino desde una perspectiva hispanoamericana. El resultado era advertir que nuestro país, que se había afanado por descontextualizarse de un "destino sudamericano" tan caro al resto del subcontinente, pagaba un precio muy alto junto con el reingreso a la barbarie: el fracaso de la "excepcionalidad argentina" y el fin de una ilusión que había madurado durante casi dos siglos.

Este avance sobre el período que se abre a partir de la independencia de la metrópoli, se centra en la figura del intelectual hispanoamericano, sus tipos (el letrado colonial, el pensador y el escritor-artista) y sus funciones, así como la ambigua e insatisfactoria relación que establecen con la sociedad (*profetas no escuchados*). El historiador invade sus discursos y comienza a enlazar diversos temas: la pesada herencia colonial y el gradual restablecimiento del diálogo con un imperio peninsular que ha sufrido un tremendo cimbronazo y viste ahora los trajes del liberalismo; el itinerario de una tradición de pensamiento que va del progresismo al conservadurismo; la crónica de una muerte anunciada (el estancamiento agrícola); las imágenes reticentes que de Bolívar circularon en la Argentina y alcanzaron su punto de inflexión con Mitre.



TULIO HALPERÍN DONGHI, HISTORIADOR DE INTELECTUALES

En otros dos artículos, Halperín ahonda las relaciones entre literatura y política: el resurgimiento de un subgénero narrativo a principios de la década del 80 (la novela de dictadores) lo anima a constatar que, en el curso histórico seguido por la región, prosperó una tradición política peligrosamente cercana a las dictaduras; la literatura gauchesca y la costumbrista, en cambio, serán el punto de partida de una campaña xenófoba *in crescendo* contra el cada vez más numeroso extranjero (que, por otra parte, nunca se tradujo en una propuesta antiinmigratoria oficial, puesto que la clase alta sabía perfectamente que sus posibilidades de crecimiento descansaban en esa mano de obra constantemente en aumento).

Para placer y displacer de todo el *establishment* académico se difunden una vez más estos artículos, que muestran un abanico más amplio y diverso de su producción y pensamiento que los trabajos –ya clásicos– sobre historia argentina del siglo XIX o sus lamentaciones sobre el peronismo. Esta reedición incorpora dos textos tardíos que, ahora sí, se detienen en el mal y sus proyecciones sobre la sociedad.♣

PASTILLAS RENOME

por Daniel Link



UNA HISTORIA NATURAL DE LA HOMOSEXUALIDAD
Francis Mark Mondimore
Trad. de Mireulle Jaumà
Paidós
Barcelona, 1998
304 págs., $ 28

Se puede hablar de la homosexualidad en tercera persona, en primera persona del plural o en primera persona del singular. Cada vez, se comprenderá, la cosa cambia: Francis Mark Mondimore (psiquiatra) habla en tercera persona. Su *Historia natural ...*, dividida en cuatro partes ("Historia de la sexualidad", "Biología sexual", "Identidades sexuales" y "Política sexual") pretende exponer los fundamentos necesarios para poder decir que la homosexualidad, en algunas personas, "se desarrolla como resultado de influencias diversamente combinadas de tipo hereditario, de desarrollo prenatal, de experiencias infantiles y de medio cultural. Ninguna de estas influencias parece ser necesaria o suficiente, y la orientación homosexual es el posible resultado de muchas circunstancias distintas, porque la mente humana ha evolucionado de forma singular para tener muchas posibilidades". Es el tono, son los contenidos, es el programa de lo políticamente correcto, un cierto sentido común (académico y político) que, en última instancia, se lee como subordinación a los valores de la democracia.

leo bersani
homos

HOMOS
Leo Bersani
Trad. Horacio Pons
Manantial
Buenos Aires, 1998
208 págs., $ 15

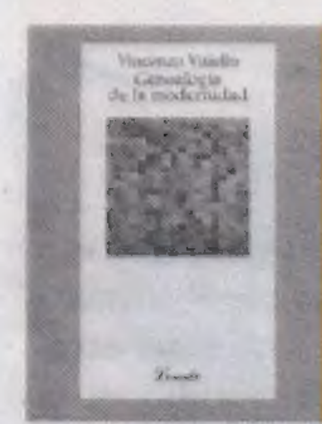
El libro de Leo Bersani reúne una serie de intervenciones teóricas y políticas a propósito de la "identidad" que están bien lejos de agotarse en relación con un horizonte "gay". Escrito en primera persona del plural, sus capítulos son "La presencia gay", "La ausencia gay", "El papi gay" y "El gay fuera de la ley". Incluye un (irónico) índice de nombres. Particularmente interesante es el capítulo 3, donde Bersani discute las teorías sobre el sadomasoquismo, desde las (fascinadas e interesantísimas) observaciones de Michel Foucault hasta las condescendientes descripciones del dolor y el sadomaso que ciertos teóricos americanos han propuesto últimamente. Para Bersani, lo más *aterrador* de la comunidad sadomasoquista es su parecido con una comunidad de rotarios y su siempre ambigua relación con las estructuras de poder. El último capítulo intenta responder la pregunta (en ningún sentido *obvia*) "¿Un homosexual debe ser un buen ciudadano?". Las respuestas que Bersani propone salen de las obras de Gide, Proust y Genet.



SÓLO PARA CHICOS
Matthew Rettenmund
Trad. de Ana Alcaina
Ediciones B
Barcelona, 1997
256 págs., $ 15

La primera persona del singular es el procedimiento que usa Matthew Rettenmund (quien, se nos informa, es autor de *Enciclopydia Madonnica* –sic–, vive y trabaja en Nueva York) para transformar una novelita rosa –versión gay, modelo años noventa– en una autobiografía. En rigor, la novela no pasa de un costumbrismo chato y barato: lo que cualquier crítico literario reconocería como *la cosificación*: nada, en *Sólo para chicos*, despierta la menor emoción, la menor sombra, la menor intriga. Claro que el original inglés se llamaba *Boy Culture*, con lo que el relato se colocaba más en el formato del "informe". Lo que se informa es la vida de un joven taxi-boy que quiere enamorarse. Por supuesto, al final de la novela lo consigue y abandona la prostitución. Lo único cierto que dice la contratapa es que las palabras del narrador "se desgranan en veintitrés capítulos que él llama *confesiones*". Para el lector, tanto como para el editor, resulta completamente incomprensible por qué los capítulos son veintitrés, por qué se llaman "confesiones" y por qué este libro fue traducido. Misterios de la literatura trash.

Tan modernos



GENEALOGÍA DE LA MODERNIDAD
Vincenzo Vitiello
Ed. Franco Avicolli
Losada
Buenos Aires 1998
332 páginas, $ 14

por Sergio Di Nucci

La caída del Muro aplastó muchos de los prestigios del marxismo, y en la patria de Gramsci y Pasolini, como en la mayor parte de Europa continental, la hermenéutica (y sus derivados) fue el refugio de muchos intelectuales desilusionados con una realidad que aún se empeñaba en ser el producto de fuerzas materiales activas. El catedrático de Filosofía Teorética en la italiana Universidad de Salerno, Vincenzo Vitiello, ha demostrado una fidelidad por el proyecto hermenéutico que no parece provenir del derrumbe de medianeras. *Genealogía de la modernidad* (un título con buscado regusto nietzscheano) es una recopilación de seis ensayos, cuidadosamente editados, publicados anteriormente. Los temas son: Vico; Hegel, Nietzsche y Heidegger; Mann y Jünger; Benjamin; Rilke; Celan. Siempre en un tono amistoso, Vitiello se dedica a conciencia a una buena parte de la inteligentzia de la "filosofía de la vida" y otras individualidades cercanas a ella. Sus autores son los que, en palabras de un filósofo alemán que no está entre los favoritos del profesor de Salerno, Jürgen Habermas, "superponen la esfera estética a la esfera de la moral y la política, es decir, estetizan, quieren estetizar la vida cotidiana". Hay que agregar que ellos en general sienten un profundo desprecio hacia la racionalidad del hombre y que se espantan ante la palabra "progreso".

Resulta significativo que los autores elegidos por el docente de filosofía teorética sean *litterati*, o bien filósofos cuyas reflexiones buscaron con pertinacia a la literatura. La hermenéutica es la teoría que ha reclamado para sí, desde los tiempos decimonónicos del teólogo Schleiermacher, la capacidad de "escuchar" al lenguaje –incluso cuando éste calla–. En *Verdad y método* (1960), Hans-Georg Gadamer, la mayor autoridad hermenéutica de la segunda mitad del siglo (y a la que Vitiello acude), proclamó el privilegio del sentido del oído, que atiende con los ojos cerrados, y sin responderle con altanería, a una palabra tradicional. Privilegio sobre la vista, ese sentido indebidamente curioso y cartesiano, que desnuda y viola imperativos de la cultura con un peso histórico que desafía al análisis racional y exterior, y cuyo valor consistiría en establecer la única unión significativa entre el pasado y el futuro.



MAGRITTE, *LA TRAICIÓN DE LAS IMÁGENES* (1928/1929): CIFRA DE LA MODERNIDAD

La hermenéutica pudo celebrar así un matrimonio de conveniencia con el estructuralismo. Recordemos que el funcionario nazi Gadamer (longevo como Jünger hasta la centuria), saludó con regocijo al psiquiatra Jacques Lacan, uno de los mayores admiradores del rector Heidegger del lado francés del Rhin. Si los estructuralistas no necesitaron creer que el lenguaje es la patencia del ser, estaban convencidos, como el poeta Paul Valéry, de que la literatura era la extensión de determinadas propiedades del lenguaje. Vitiello comparte esta fe –que sostiene cada uno de sus escritos– en las verdades de la interpretación por sobre los métodos de observación.

Genealogía de la Modernidad se cierra con el ensayo "Contravoz. Paul Celan y el lenguaje de la poesía". La crítica que alabó a Celan, un poeta judío rumano de expresión alemana suicidado en París en 1970, siempre señaló, y a veces deploró, el hermetismo de su poesía, sus copiosas lecturas de los surrealistas franceses, de los expresionistas alemanes, de Georg Trakl, de Iwan Goll. Entre los que por el contrario se felicitaron por las dificultades se cuenta, famosamente, el francés Jacques Derrida. También Vitiello, quien procura hallar el origen de una voz que se rehúsa con tenacidad a la inmediatez autobiográfica y que hizo de la contradicción un artificio para evitar ser localizada.♣

Palabras, palabras, palabras



GIRO LINGÜÍSTICO E HISTORIA INTELECTUAL
José Elías Palti
Universidad Nacional de Quilmes Bernal, 1998
344 págs $ 18

por Karina Vázquez

En *Giro lingüístico e historia intelectual*, Elías Palti entreteje de modo sutil los hilos de polémicos debates teóricos contemporáneos que tienen lugar en el ambiente norteamericano a partir del llamado "giro lingüístico". A grandes rasgos, podría decirse que esta expresión se encuentra ligada a la idea que, desde diversas perspectivas, insiste una y otra vez en señalar que el lenguaje constituye ya una experiencia articulada, antes que expresión o mero reflejo de una presencia factual. Es así como, una vez que el lenguaje deja de ser concebido como un medio más o menos transparente para representar una realidad dada, la empresa historiográfica se verá llevada a preguntarse por los modos de producción, reproducción y transmisión de sentidos en los diversos contextos históricos y culturales, pero también a una creciente problematización de las condiciones en que esta práctica se realiza. Y es allí donde Palti recoge un interesante espectro de debates donde el ámbito de la historia intelectual se ve repentinamente ampliado por intervenciones que provienen de diversos registros, tales como la filosofía, la crítica literaria y la antropología cultural.

En este sentido, la reconstrucción de intercambios polémicos (entre White, Jameson y LaCapra por un lado; y Bernstein, MacIntyre y Rorty, por el otro) no hace sino poner en evidencia las dificultades con las que inevitablemente tropiezan reflexiones que, sin dejar de reconocer la contingencia de las condiciones que las hacen posibles, aspiran sin embargo a proporcionarle alguna legitimación, ya que sin ella toda empresa correría el riesgo de aniquilarse como crítica.

En el desarrollo de estos debates, la lectura de Palti se ve orientada por la propuesta de una dinámica, según la cual estos planteos van atravesando distintos umbrales, donde los supuestos y premisas que constituyen el horizonte de pensamiento en un momento dado se convierten en objeto de crítica y reflexión en el siguiente. Un progresivo volverse de la crítica sobre sus propias condiciones de enunciación e inteligibilidad, de alguna manera, es el hilo conductor que va guiando la lúcida reconstrucción que Palti realiza de estos debates. Si bien no se trata de ver en este proceso una finalidad preestablecida, esa *direccionalidad* que el autor visualiza en el desenvolvimiento de estas polémicas es aquello que le posibilita el entramado de diversas voces en una puesta en escena que contiene diversos actos. Así, podría decirse que el texto de Palti es una "introducción" en un doble sentido: en el gesto de desplegar un debate, abre un debate. Al hacer explícita su propia perspectiva frente a esas discusiones no hace sino incitar al lector a hacerse presente en un escenario donde, por otro lado –como aparece con suficiente claridad en los artículos de Rabinow, LaCapra, Stanley Fish y Richard Rorty que se integran como apéndices a este volumen– los actores todavía están discutiendo ♣


RICHARD RORTY: LA FILOSOFÍA AMERICANA

LIBRERÍA ROMANO

DEME DOS

La posibilidad menos frecuente en el rubro "librerías de viejo" –que es el caso de la Librería Romano (Lavalle 2008/14)– es un tipo de negocio que, con la misma variedad, cantidad y calidad que una librería de ejemplares nuevos, vende libros usados a un precio mucho menor.
La Librería Romano tiene la estructura de las librerías más tradicionales: piso alfombrado, grandes paredes revestidas con bibliotecas de madera y música funcional que –detalle extraordinario en estos días– no resulta molesta.
Entrando en el lugar y a la izquierda, en una habitación presidida por una mesa y sillas para sentarse a leer, se encuentra el anaquel correspondiente a teatro (dividido en alemán, norteamericano, inglés y francés) con, por ejemplo, *Las comadres de Windsor* de William Shakepeare por cuatro pesos, o un volumen con *Ginebra / Otro final para "Cimbellino" / El buen rey Carlos*, de Bernard Shaw, por cuatro. Al lado, en el anaquel de Poesía, los diez tomos de las *Obras completas* de Menéndez Pelayo correspondientes a la *Antología lírica de poetas castellanos* por cuarenta pesos. O –en el sector de Artes– en inglés y por cinco pesos cada uno, *Le Corbusier, Mies Van der Rohe*, o *Frank Lloyd Wright*, de Peter Blake. En la misma habitación, también pueden encontrarse infinidad de libros de Derecho, Economía, Ciencias, Historia Universal, Optica y Electrónica.
En otra de las habitaciones, la que está más cerca de la entrada, sobre una mesa, hay cantidad de libros de filosofía y otros temas, como *La sociedad carnívora* de Herbert Marcuse por tres pesos; *La mentalité primitive* de Lucien Levy-Bruhl, en francés por seis; un número de Cuaderno de la ASAPPIA, dedicado a *El adolescente borderline*, por cinco; dos tomos de *Psicoanálisis y Educación*, de Wilhelm Reich y Vera Schmidt, en la colección Cuadernos Anagrama, por seis pesos ambos; o también, *Elementos románticos en las novelas de Ricardo Güiraldes*, de Dora Pastoriza de Etchebarne por dos pesos; *La poesía helenística* de Alfred Körte y Paul Handel, por ocho; o *Saul Bellow: en defensa del hombre*, un ensayo sobre la obra del escritor norteamericano de John Clayton, por cuatro pesos.
En la habitación contigua, sobre las mesas, hay gran variedad de literatura argentina y latinoamericana: *El cuento boliviano 1900-1937*, editado por Eudeba o *El agua* de Enrique Wernicke, de Biblioteca Básica Argentina, ambos a tres pesos; o *El resentimiento* de Eduardo Mallea, editorial Sudamericana, por cuatro. Literatura inglesa y norteamericana: *El duelo* de Joseph Conrad, editorial Andrés Bello y *El paralelo 42*, de John Dos Passos, ambos por tres pesos; o *Creación* de Gore Vidal, editorial Sudamericana por cinco. Literatura francesa: *La madre* de Máximo Gorki, en dos tomos y por ocho pesos; *La mascarada* (tres pesos) y *La epidemia* (cuatro) de Alberto Moravia. Literatura alemana: *Un gusto a almendras amargas* de Hella S. Heasse por cuatro pesos. Literatura española: *El bonito crimen del carbonero* de Camilo José Cela por tres pesos y *Novelas ejemplares* de Cervantes, editorial Salvat por dos. En el mismo cuarto, puede encontrarse material acerca de temas argentinos: San Martín, Malvinas, Rosas, peronismo. Y, finalmente, libros en inglés, italiano, francés y ruso. Los títulos mencionados son una muestra de toda la variedad que puede encontrarse. La escasez del stock no garantiza encontrarlos, pero esto hace el recorrido más interesante todavía, ya que agrega la sopresa como factor adicional.

Pablo Mendívil

Recuerdos del futuro

Andreas Huyssen, uno de los más sólidos comentaristas del presente estético, dictará en el Goethe de Buenos Aires un seminario sobre la memoria y la amnesia en la cultura de fin de siglo. A continuación, un anticipo de su pensamiento.

por Daniel Link

Conocido por el público argentino a través de su *Mapa de la postmodernidad* (suerte de compendio de las tensiones estéticas de los años ochenta), Andreas Huyssen es profesor de literatura comparada de la Universidad de Columbia. Ha publicado *After the Great Divide: Modernism, Mass Culture, Posmodernism* (1986) y *Twilight Memories: Marking Time in a Culture of Amnesia* (1995), uno de cuyos capítulos fue incorporado al catálogo de la muestra de Anselm Kiefer. Huyssen fue uno de los conferenciantes estrella que hablaron en la última muestra Dokumenta. Sus análisis suelen tener la fuerza de un diagnóstico. A continuación, Andreas Huyssen fija posición respecto de los temas centrales de sus intervenciones.

¿Se puede sostener, todavía hoy, una discusión sobre la modernidad/posmodernidad en los términos en que se planteó en los ochenta?

–La pregunta por el agotamiento del paradigma moderno sigue vigente, aunque desde aquella discusión de la posmodernidad a principios y mediados de los 80 se ha desplazado en el marco de los debates más recientes sobre temporalidad, memoria, trauma, por un lado, y sobre el ciberespacio y la globalización, por el otro. También me parece que a principios de la década del 80 se atribuía más vigor al paradigma moderno que en la actualidad. Por otra parte, actualmente en Europa asistimos (sobre todo en Inglaterra y en Alemania) a un debate sobre una segunda modernidad, que naturalmente opera con una comprensión muy insuficiente de la posmodernidad norteamericana.



HUYSSEN: "NO SE PUEDE HABLAR EN LO MÁS MÍNIMO DEL FIN DEL ARTE... PERO YO NO SOY PROFETA"

¿Acuerda con Hobsbawm, cuando señala que el siglo XX ya ha concluido? ¿Estaremos viviendo ya el tercer milenio? ¿Son esas las razones de la inestabilidad de este fin de siglo?

–En términos históricos, Hobsbawm puede tener razón desde puntos de vista políticos al decir que el siglo XX concluyó en 1989. Sin embargo, ese tipo de periodizaciones suele pecar de chatura. Finalmente, el siglo no comenzó recién en 1914, si pensamos por ejemplo en los desarrollos artísticos y filosóficos. Sin *fin de siglo* y *decadencia*, no hay vanguardia. Que Hobsbawm señale que vivamos un vacío –en sus propios términos: en una fase de *breakdown*– me resulta plausible. Recién cuando hagamos una retrospectiva podremos saber cuán lejos llegó el *breakdown* o si se trata, como Ud. está proponiendo, de anticipaciones. Al menos en términos literarios o culturales, no puedo ver una cesura marcada en las sociedades occidentales a partir de 1989. Tal vez sí en Europa Central, pero aún allí habría que establecer diferencias. Por otra parte, no considero que la inestabilidad de los sistemas de representación y de las identidades remita únicamente al vacío. Para mí, los fundamentalismos de todo cuño son mucho más vacíos, vale decir carentes de sustancia, mucho más ilusorios. Las inestabilidades que Ud. señala podrían leerse también en vistas a la democratización de la cultura. Ese era uno de los objetivos de una parte de la modernidad clásica. E incluso las teorías en las que se fundamenta esa inestabilidad, los posestructuralismos por ejemplo, surgieron en los años 60 y no en los 90.

Hay una moda de la memoria. ¿Se trata de un auténtico interés por la Historia como llave del presente, o más del establecimiento de un nuevo mercado, el mercado del Pasado?

–Naturalmente, en esta "epidemia de la memoria" siempre se trata de dispositivos de captura. Sin embargo, no se la puede reducir a esos dispositivos. Es el punto que señalo en mi ensayo *La Cultura de la Memoria* (uno de los dos textos que leeré en Buenos Aires). Por lo demás, podemos confiar en que el boom del recuerdo no durará eternamente. Puedo imaginar que el 1º de enero del 2000 podría ser el punto final a partir del cual dejará de funcionar tan acabadamente la mercantilización de la memoria. Además, los discursos de la memoria siguen su propio curso, su propio ritmo en los diversos países o culturas.

Recientemente se ha planteado un debate entre arte y cultura (de masas, naturalmente) bastante pesimista: el arte habría muerto o estaría al borde de la muerte...

–La tesis del ocaso o del fin del arte existe desde Hegel y actualmente vuelve a tener vigencia en el contexto del *pictorial turn* –el "giro pictórico" que sucede al "giro lingüístico" de las décadas del 60 y del 70– y de la realidad mediática. Lo cierto es que ha dejado de funcionar un modelo más antiguo, en el que la vanguardia jugaba un papel de peso en la transformación social. Tal vez ese modelo siempre haya sido una ilusión, en el sentido en que la vanguardia nunca se transformó en cultura de masas, lo que constituyó alguna vez su objetivo. En vistas a su pregunta sobre la relación de arte y cultura, yo diría que el concepto mismo de arte se ha ampliado tanto desde hace tanto tiempo que esa dialéctica ya no funciona. Eso no significa que deje de haber arte en el futuro. Por lo menos en los países en los que trabajo y a los que observo, no se puede hablar en lo más mínimo del fin del arte... Pero yo no soy profeta.♣

LA ESCENA DEL CRIMEN

por J. I. B.

Vlady Kociancich

La autora de Los bajos del temor *y* La octava maravilla *comenta los episodios de orden y desorden que compiten en su estudio cada vez que empieza un libro.*

FOTOS: ARNALDO PAMPILLÓN







Poco y nada es lo que hay en el estudio de Vlady Kociancich en la calle French, pero lo que hay es un orden apabullante: ni siquiera tiene un solitario adentro de la computadora. "No, el orden es sólo porque estoy empezando un libro. Después, el cuarto se llena de papeles, porque imprimo todo lo que voy escribiendo. Es que sigo sin confiar en que algo quede guardado en un diskette. Y sólo escribo en tipografía New York 12, y no puedo imprimir más que en Times 14. Pero no es que sea una maniática", dice. Escribió todos sus libros en ese mismo estudio. Antes a máquina y ahora en Macintosh: "Una vez fui a comer a la casa de Osvaldo Soriano y, mientras él charlaba con mi marido, me dejó sola con su Mac. A los quince días ya manejaba la mía. Si tuviese una PC, todavía estaría aprendiendo a manejarla, o escribiendo a máquina".

La computadora y poco más. Lo que se ve desde la silla ergonómica, producto de la sensatez de su marido, es un diccionario monumental que compró en la galería subterránea de Corrientes y Diagonal. Un abanico, recuerdo de una fiesta a la que fue con Enrique Vila Matas. Una foto de Santorini, donde transcurre parte de su novela *El templo de las mujeres*, recortada de una revista de turismo. Un tintero que le regaló Paco Porrúa cuando publicó su primer libro. Porrúa tenía sólo tres: uno se lo regaló a Cortázar, otro a García Márquez y éste, a ella. Y hay también un elefante que no tiene nada que ver con los elefantes que aparecen en sus libros.

"Acá no leo. A lo sumo hago el trabajo de campo y consulto guías de turismo porque no recuerdo dónde quedan los lugares. Llego todas las mañanas y me voy al mediodía, después de 4 horas de escribir sin interrupción. Para entonces empezás a escribir pavadas o a reiterarte. Haciendo deberes no se escribe nada bueno. Las mejores ideas se me ocurren a la mañana, y acá". Cuando tiene que escribir artículos periodísticos, vuelve a la tarde. Pero aclara: "No tengo el problema de que me ataquen ideas a las seis de la tarde. A esa hora no se me ocurre nunca nada bueno", dice Kociancich y se ríe.